

SOLEIDA RÍOS

# Libro cero



Edición: Javier L. Mora  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Imágenes interiores y de cubierta:  
Herederos de Sigfredo Ariel

Primera edición: Letras Cubanas, 1998

© Soleida Ríos, 1998  
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2022

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

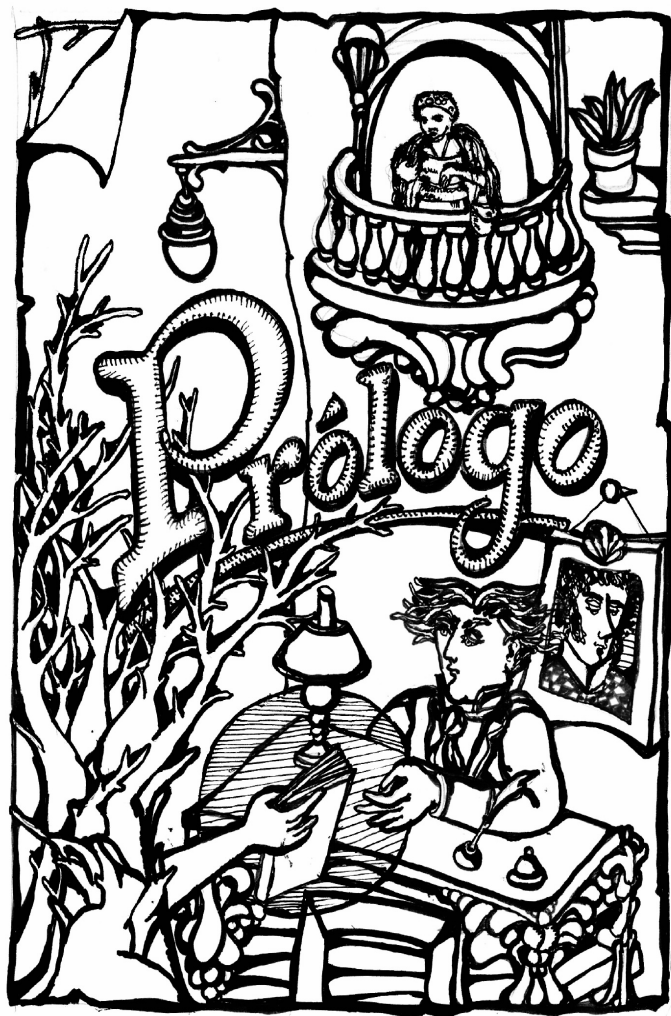
[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798321418147

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.



Nos anima el Deseo de Recibir, tanto como el Deseo de Impartir nos eleva, emparentándonos —aunque sea metafísicamente— con el Creador.

Asumo la función a que el destino —y no otra cosa puedo argüir, salvo el azar— me obliga: compilar y prologar las páginas de un libro que hace ya una década debió ser entregado a su editor, y que supongo la única obra de la muy célebre Aurora Sores y Sores, natural de Placetas.

Muchas razones generaron este atraso: escamoteo, desidia, ineptitud, rivalidad y otras tantas perversiones y calamidades del más diverso tipo. Así, antes de continuar, me acojo, por si acaso, al viejo conjuro y detente de Morgana, y digo frente a otra u otro: “Los cinco dedos de mi mano derecha sobre tu ojo izquierdo, y los de mi mano izquierda sobre tu ojo derecho”.

Tan irregular y azaroso resultó el juntar lo que aquí muestro, que debo sospechar sean infructuosos mis afanes, y los de las personas que nombraré al momento, para acopiar la totalidad de las páginas escritas, o, aunque fuese, esbozadas, por Aurora Sores.

Los mapas, que por extraña razón obraban en poder de Antonio José Ponte (junto a viejos proyectos de construcción hidráulica, dizque pertenecientes a su padre, Antonio José Ponte, ingeniero, y a su abuelo,

Antonio José Ponte, ingeniero, y no, como aseguran algunos, en lo que él nombra “la morralla china”, su archivo más exhaustivo), fueron aportados con ejemplar generosidad por el escritor. El director y guionista de cine, radio y televisión, poeta, historiador musical y maestro dibujante Sigfredo Ariel Pérez Sores se aplicó a enmendar los desastres del tiempo sobre la Geografía, tan cara a nuestra Aurora. A él hemos de agradecer también algunos fragmentos escogidos del Diccionario Completo de Aurora Sores y Sores, así como su consejo, estímulo y buenas intenciones.

El narrador y polemista Jorge Ángel Pérez Sores me instruyó en la composición y actualización de los diálogos de “Pequeño resumen de la cosa mirada desde arriba”. Podrá observarse, si se lee con detenimiento, cómo se forma finalmente un triángulo escaleno y/o una espiral de cuatro centros, tal como, supongo, fue la intención primaria o primordial de Aurora Sores.

He reconstruido por entero las páginas de la narración que aparece bajo el título “Pasionaria”. El texto base de la reconstrucción me lo suministró la colega Soledad Vives, quien a su vez reconstruyó, gracias a su memoria prodigiosa, el texto base que le hizo leer una tarde, en su casa de la calle Espada, Sara Esquivel, y me asegura que esta notable poetisa guardaba celosamente una fotocopia del manuscrito que le obsequiara, un día de su cumpleaños, otra notable camagüeyana de nombre Sara Andrea E., quien, según parece, estuvo radicada algún tiempo en La Habana.

Habermé acogido al título *Libro cero*, y no a “Páginas amarillas”, como deseé al principio y anuncié, o al la-cónico Ofir, que me inspiró después cierta zona del Diccionario Completo, podrá verse lo mismo como un triunfo o como una derrota. La narración, algo minu-ciosa (ha de entenderse el porqué) de dos entrevistas que sostuve durante este proceso, me servirá de ex-plicación.

Arribé a Línea y G con los primeros rayos del sol, pues es noticia que en el Cenda se trabaja a toda hora, a toda marcha y en una sola dirección. Sin muchos in-convenientes fui invitada a pasar a la Oficina.

El que me atiende ha de ser el Director. Se le ve gordo y jovial.

—Martínez Hijuelos, parra serrvirrle. ¿Podrría decirrme, joven, qué se le ofrrrece? —dice, desde la si-lla giratoria.

—Pues bien... —contesto— hago lo posible por formalizar la publicación de un libro.

—¿Me dirría usted qué librrro es ese?

Saco la copia del libro, lo muestro, lo coloco frente a él sobre el buró.

El que se llama Martínez Hijuelos abre el libro, co-mienza a hojearlo, lee aquí y allá, me mira, sonríe de extraño modo (no sé si para expresar complacencia o para no tener que tirarme el libro por la cabeza). Yo lo observo expectante, ¿a qué negarlo?, nerviosa. Obser-vo también el entorno: muy cerrada oficina, ventanu-co casi carcelario y pedacito de azul cielo, ausencia de aire, buró macizo, felpa roja, cristal, retratos, rostros

muy inquietantes desde trajes y sombreros de época. Y siempre, una o más de una vez en cada grupo fotografiado, el rostro y la mirada tan jovial del que se llama Martínez Hijuelos.

Cae el libro al piso, lo recojo con prontitud.

—¡Oh! Grracias.

Pienso: “El gordo es raro..., ¿tendrá frenillo o será francés?”.

—¿Es usted francés?

Contesta algo molesto: “No, yo no soy francés... (aquí se excita), *et vous?*”.

—No, claro... Soy oriental.

Cara de júbilo, no me explico por qué. Pero se vuelve a concentrar, continúa su inspección, termina, cierra el libro, lo coloca sobre el buró y dice, pregunta, mirándome rectamente a los ojos, pero como si mis ojos estuvieran mucho más atrás de donde están: “¿Hay aquí un autorrr...?”.

Me apresuro a contestar: “Hay una autora”.

El que se llama Martínez Hijuelos se responde mirándome con su particular manera: “...No hay aquí un autorrr”, y acto seguido, ya de pie, se desata en una serie de preguntas y respuestas que hace y contesta él mismo:

—¿Hay aquí un género...?

—... No, no hay aquí un género.

—¿Hay aquí un argumento...?

—... No hay aquí un argumento.

—¿Hay aquí una filosofía...?

—... No hay aquí una filosofía.

Y pronuncia filosofía con tal énfasis, con tanta fruición, que me llena aún más de curiosidad. ¿Quién

será en el fondo este que se llama Martínez Hijuelos y reposa jovialmente su descomunal gordura sobre esa silla giratoria, detrás de ese buró? Todavía no lo sabemos y no sé si lo vamos a saber.

El que se llama Martínez Hijuelos hace aún y se responde una nueva pregunta:

—¿Hay aquí una escriturra...?

—...Por lo visto, no hay aquí una escriturra.

Yo estoy casi petrificada en el asiento. Frente a semejante avalancha, ¿qué puedo preguntar, alegar, argumentar? El que dice llamarse Martínez Hijuelos adopta ahora una postura poco menos que indescriptible (erguido, engrandecido), y continúa, o, mejor dicho, empieza lo que he tenido que considerar su verdadero discurso. Dice: "...Otrro rrehusarría todo este valioso materrial... Sin embarrgo, he aquí el Librrro, el Librrro cerro, la prrimerra sefírrá, la vasiija a la que se atribuirrá desenvolvimiento, emanación y evolución de algo de la Nada, y cuyo semblante ya veo rrelucirr en el plano de la más alta rrealidad..."

El que dice llamarse Martínez Hijuelos hace una pausa que, supone, le confiere fuerza y firmeza a su discurso, y continúa: "...Porque no serrá este un rreceptáculo del placerr sin la luz, que es el gozo perdurable... Como antaño fue otorrgado perrmiso a Rrabí Shimón parra que escribierra el Libro del Esplendorr, así sello y justifico (pone ambos puños cerrados, uno sobre el otro, sobre el libro que descansa en el buró) el inicio del viaje de este librrro..."

Respiró hondo, miró a ambos lados suponiendo ver a su numeroso auditorio, y dijo de manera sencilla



pero enfática, firmando verbalmente sus propias palabras: "...Pierre Casterneaux".\*

"Jesús, María y José", dije yo en voz alta, sin poder evitarlo. Ya había entrevistado algo, pero esta última y total evidencia de la suplantación de que fui testigo me rebasó. Sentí un sobrecogimiento. Recordé palabras de Aurora: "Estás en una ciudad donde todo el mundo tiene su doble".

Así que Pierre Casterneaux, el adalid de la Ley Oral, ha logrado abolir todo límite, tiempo, espacio y movimiento, y está aquí, en el Centro del Derecho de Autor, ha suplantado nada menos que a la figura de su Director, el compañero Martínez Hijuelos. "Dios sobre mí y en torno mío".

Salí de allí a la carrera, pero antes agarré la copia del libro, y di, en un esfuerzo último, las gracias, como si nada hubiese ocurrido.

\*\*\*

Acerca de mi segunda entrevista seré parca en detalles.

La editorial H. está felizmente ubicada en un lugar sombreado pero luminoso, verde, abocado a la naturaleza (como diría mi amiga Tula, editora de la obra *Bacanal de otoño como una fiesta china con interrogato-*

\* Sé por terceros de la existencia de P. C., a quien supuse personaje, no una persona, y ubiqué, tal vez erróneamente, en una de las viejas haciendas cafetaleras de la región oriental de Cuba. ¿Puedo presuponer un vínculo, una filiación más allá de la que emana del lenguaje entre P. C. y Martínez Hijuelos? Se dice que en un tiempo Martínez Hijuelos fue un practicante activo de la llamada Ley Oral.

*rio de dos brujas por el gran cazador*, creación del delfín Méndez de Richelieu). Pero en la editorial H. domi-  
nan, desde sus extremos furibundos, la Mueca y la  
Risa Democrática, sin haber adoptado jamás el sano  
Punto Medio y, a lo sumo, deslizándose de uno a otro  
lugar como en un inacabable juego de suplantaciones.

Sucedió así mi entrevista con el Editor:

Primero: Brindóme café, cosa que ya me puso en  
guardia. Supuse: “Va a cuestionar un texto o, acaso,  
todo el libro”.

Segundo: Declaró: “Puesto que no ha entrado el  
Editor Entrante, yo, Editor Saliente, adoptaré ambos  
puntos de vista”. Y añadió: “Lo haré desde este mismo  
asiento”.

Acto seguido dijo: “Hemos leído acuciosamente las  
páginas del Libro cero...”. Yo temblé en la silla. Esto  
que acabo de oír, obviar ciento por ciento mi propues-  
ta de título (“Ofir”), dando ya por sentado el título que  
la exaltada retórica del impostor Pierre Casterneaux  
había acuñado desde el inalienable lugar del compa-  
ñero Martínez Hijuelos, era en verdad un sinsentido  
absoluto.

Y continuó el Editor, no sé si Entrante o Saliente,  
tratando a las claras de evadir el bulto: “...Se observa  
una marcada tendencia hacia la metafísica...”.

Pregunto: “¿Y...?”.

El Editor va a contestarme, es decir, empieza a  
contestar pero yo no lo oigo. Algo, un póster que está a  
sus espaldas, se ha empezado a mover. No el póster, el  
contenido. Se produce un movimiento que azula toda  
la extensión del póster, o lo tiñe de siena, o lo enrojece

hasta parecer sangre, o lo vacía, dejándolo gris y luego blanco como la leche. Yo no puedo más que observar las evoluciones que ocurren en el póster. Y, de pronto, veo los dientes, los labios, toda la boca aquella abierta, grande, plena, invitadora... Una risa que parecería contener en sí todas las risas. La llamaré la Risa Democrática.

Estimulada por semejante Risa me pongo al tanto de lo que está diciendo el Editor. Lo oigo, dice: "...Un libro que a pesar de todo puede provocar la risa, es sano para las mentes y como un bálsamo para las conciencias".

"¿Ah, sí?", me extraño.

"Como lo oye", dice el Editor. "Habrá que suprimir solo las páginas 23, 24 y 25 del 'Diccionario Completo'. Esa risa, sépalo usted, sí no es buena".

Yo repito atontada: "¿Ah, sí?". Pero levanto la cabeza, fuertemente atraída por la cosa que está detrás del Editor, el ánima. El póster abandonó el azul, el sienna, el blanco leche, y enseña lo mismo un culito flaco de hombre sobre un fondo fucsia, que una caraza seria, con espejuelos, envuelta en una densa capa de humo, que tuerce el labio inferior con sorna, para no decir asco. Entonces oigo..., no sé cómo pero oigo y repito, como una autómatas, las palabras que la Mueca me pone en la cabeza. Dice, digo: "Casa Bombuna Editora te da libro y cantimplora...". Y me oigo a mí misma, sola, decirle también al Editor: "¿Darme a mí podría una cantimplora...?".

Acabo de decir esa frase anormal, me recupero, miro al póster y creo ver la Risa Democrática, amplí-

sima sobre el fondo azul cielo, y también la Mueca burlona y el culito flaco remeneándose sobre el color fucsia, y otra vez cada uno por separado y luego todos juntos, entreverados, revueltos y contentos de su cumbancheo.

Miro al Editor esperando contemplar el rostro del desespero y el escándalo, y encuentro una cara, si no derrotada, al menos expresiva de una sosegada conformidad. Cara, ojo, boca de conformidad, de donde sale, todavía no lo puedo creer, la pregunta dulzona: “¿Quería usted su cantimplora...?”.

SOLEIDA RÍOS SORES

La Habana, mayo de 1997.



Testimonio oral tomado a Aurora Sores por Soleida Ríos, en 1987, cuando esta insistía sobre el impreciso proyecto que titula *El libro de los sueños*.

Resulta que me acosté en mi cama a dormir, me acosté en refajo y descalza... Como yo trabajo de noche, tengo que dormir de día, una hora aunque sea, un rato. Entonces despierto en un lugar, sentada en una piedra enorme, yo, sola en alma, con el mar enfrente. Levanto la voz y digo: "Ay, ¿pero cómo yo he venido a dar aquí en refajo y descalza?". Entonces oigo una voz de hombre, al hombre no lo vi, decía: "Estás en Puerto Boniato". "¿Y cómo vine a dar yo aquí?" Y como la voz no me contestó, no me dijo de qué forma yo había ido a dar ahí (ponte a pensar, de Jovellar a Puerto Boniato), empiezo a mirar, y me encuentro un hombre vestido de negro, lo veo que saca una caja de fósforos, raya y tira al mar...

Aquel mar se incendió. Todo. Al encenderse, yo me horrorizo, me pongo a mirar y veo un barco americano que entraba. Los marineros se arrebataron, se tiraban al agua. Desde donde yo estaba podía ver y le gritaba a uno: "Baja más la cabeza...", a otro: "Zambúllete...", "Por aquí..."

De pronto oí la voz del Jefe de la Marina... Porque los americanos me dicen a mí Barbara. Oí que *mister* Freman, el jefe de la Marina Americana, decía: "Reciban las orientaciones de Barbara..."

Yo estaba en Babia. Dijo *mister* Freman: "Todos los demás barcos que den marcha atrás y entren por la

Base”. Eran cuatro barcos. Dos nada más se chamuscaron. Y ahí me desperté.

Despierto yo, aquí en Jovellar, y me digo: “Caramba, ya no se puede dormir con las pesadillas que le meten a uno...”. Estaba impresionada. Tú sabes lo que es ver todos aquellos hombres, la candela, las llamas...

Despierto protestando, hablando mal, hasta grosera me puse. Pero viene mi secretaria, que se llama Consuelito Vidal, y me dice: “Oiga, Aurora, usted tiene una llamada del Gobernador”. El gobernador americano, porque allá no hay presidente, hay un gobernador, que lo nombran aquí. Tú sabes. Se meten en una caja tres nombres de americanos que tengan cierta preparación, se sacude la caja, se mete la mano y el que salga, ese es el que va de gobernador. Y ellos cobran por aquí. Son desterrados de aquí.

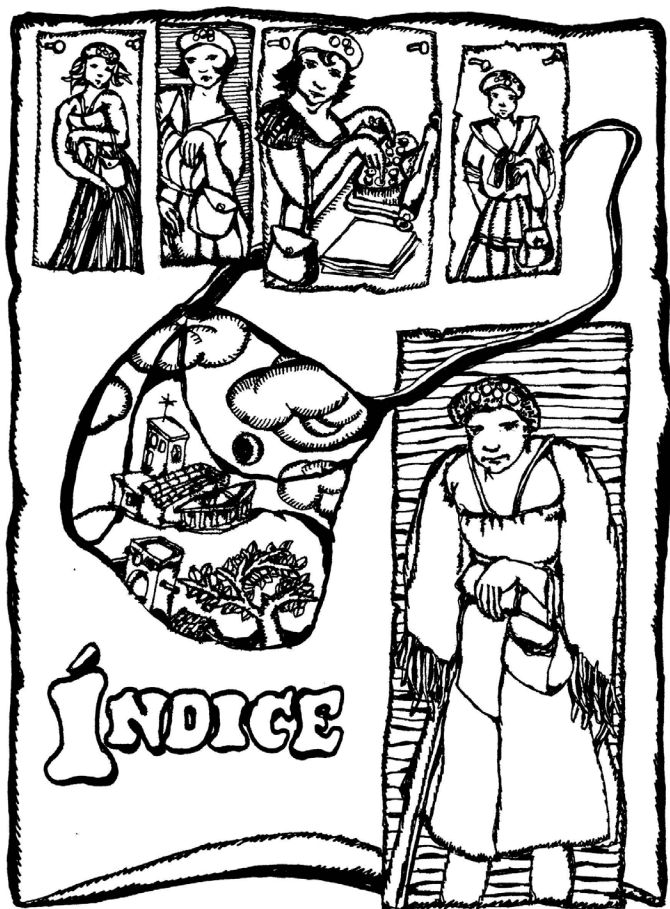
Entonces fui. La lancha de la policía tiene dos motores diesel. Como son cinco millas de Jovellar a allá, en menos de cuatro o cinco minutos estás ahí. Cuando llegué... veo la intención de Eisenhower y le digo: “Óigame, por favor, del sueño no me hable”. Y me dice el Gobernador: “El sueño no fue sueño, fue una realidad, y te vamos a hacer Almiranta de Honor de la Marina Americana por ese servicio”.

Fue un servicio involuntario. Yo me acosté a dormir, no pensando en aventuras ni nada de eso.

Fue en 1947.

Después vi una película con esa historia, que no sé quién carijo la hizo. Y me vi yo sentada en la roca, en refajo y descalza, dándoles gritos a los marinos.





Prólogo / 9

LOS SUEÑOS REALES

uno / 21

dos / 23

tres / 24

cuatro / 25

DICCIONARIO COMPLETO / 29

BREVE HISTORIA DE LA MUERTE DE TANA / 47

ARROZ AROMA / 57

PASIONARIA / 63

PEQUEÑO RESUMEN DE LA COSA MIRADA DESDE ARRIBA

cuadro primero / 69

cuadro segundo / 72

cuadro tercero / 74

cuadro cuarto / 79

ADIOSSES / 87

Menciones, agradecimientos / 91